

## APÉNDICE II

### POESÍAS

A lo largo de los setenta y cinco años han sido innumerables las composiciones poéticas dedicadas por muy diversos autores a nuestras veneradas advocaciones. Nuestra intención es presentar aquí sólo algunas muestras de especial valor o sentimiento, por haber sido escritas por cofrades de la propia hermandad. Casi todas las estrofas han sido entresacadas de los pregones de nuestra Semana Santa (1962, 1968, 1971, 1977, 1981, 1982, 1984, 1986, 2001).

Entre estos emotivos ejemplos no podían faltar unos versos considerados ya “clásicos”: el soberbio romance de Francisco Montero Galvache en su pregón de 1962, que el poeta repetiría años más tarde con levísimas variantes (algunas de las cuales reproducimos aquí) en su *Amargura, oración de Jerez* (*Pregón del cincuentenario de la fundación de su hermandad*), Jerez de la Frontera, 1978 (pronunciado el 27 de mayo en la Bodega de la Concha de González Byass), y de nuevo en su pregón de 1989.

**Francisco Montero Galvache:**

A la puerta está. ¡No cabe!  
¿Qué va a caber si la cruza  
de abajo arriba la pena?  
¡No puede más la Amargura!

Toda la noche se ha hecho  
costalero de su angustia.  
Ya no puede sostenerla  
nadie, ni puede ninguna  
flor consolarle su llanto.  
Por dentro de su ternura,  
bramando está la tristeza  
con sus celestes espumas.  
Caen de sus ojos dos mares  
de amargas aguas profundas.  
Clavada en su corazón  
lleva una espada desnuda,  
que va desangrando el hondo  
pozo de su pena oculta.  
Estrellas de sufrimientos  
van clavándole sus puntas  
en la preciosa armonía  
de su frente leve y pura.  
La aguantan sus penitentes  
con las calladas columnas  
de los silencios que lloran  
por debajo de las túnicas.

A la puerta está. ¡No cabe!  
¿Qué va a caber si la cruza  
de abajo arriba la pena?  
¡No puede más la Amargura!

Lleva la Flagelación  
salpicando su blancura,  
alertando a su mirada  
de tal modo, en la columna,  
que todo el azotamiento  
salta del paso y la busca.

Látigos de dura ortiga  
van golpeando su angustia  
y por su boca de nardo  
la respiración se fuga,  
dejándole el corazón  
temblando sobre la súplica.  
El santo dolor del Hijo  
amargamente la abruma.  
Por las calles de Jerez  
las penas sus ojos nublan.  
Nadie puede sostenerla.  
Por su manto se entrecruzan  
ráfagas de muerte y vida  
que en su garganta se juntan.  
Y aun no pudiendo ya más,  
todo lo acepta y escucha.  
¡Qué torre su pensamiento  
abanderado de súplicas!  
Por la calle de Medina,  
camino de su clausura,  
cercada de avemarías  
que encienden la noche oscura,  
por un jardín de saetas  
que está pidiéndole ayuda...  
Pero de pronto, a la puerta,  
entre naranjos y lunas,  
un milagro costalero  
su pleamar de plata empuja,  
y un vendaval de promesas  
en Los Descalzos se escucha  
rugir entre los varales  
con penitencia profunda...

A la puerta está. ¡No cabe!  
¿Qué va a caber si la cruza  
de abajo arriba la pena?  
¡No puede más la Amargura!

**Antonio Gallardo Molina:**

Flagelado te contemplo;  
y, al verte tan castigado,  
con la cruz de mi pecado  
yo por dentro me destemplo.  
Cuando Tú vuelvas al templo,  
allí estaré, arrodillado.

\*\*\*\*\*

Amargura refleja tu persona,  
y amargura también tus labios rojos;  
amargura en las niñas de tus ojos,  
y en tus manos, tu manto y tu corona.

Amargura que nada te perdona  
y que el alma te punza con abrojos;  
¿cómo puedes sufrirla sin enojos  
si con lazos tan fuertes te aprisiona?

Amargura que tanto resplandece,  
se me antoja de sedas, como el raso,  
que reviste, amoroso, tu figura;

y contigo se crece y engrandece;  
y vestida de azules, sobre el “paso”,  
es un cielo azulado tu Amargura.

\*\*\*\*\*

**“Plegaria”**

Te he visto así: desalentada y triste,  
calle adelante y corazón adentro.  
Llorando a mares en el mismo centro  
de tu Amargura, que de azul se viste.

Pero mi lengua no se te resiste,  
y está el piropo procurando encuentro:  
¡Eres, María, luna y epicentro  
de un maremoto que en amar consiste!

Azules olas. Celestiales mares,  
van en tu manto prodigando azules  
de pleamares y de bajamares...

¡Pero, Tú eres, no lo disimules,  
el contrapunto de las soleares,  
dulce Amargura, entre blancos tules!

Este soneto escrito por Antonio Gallardo Molina fue también musicado por él y cantado por primera vez con ocasión del bautizo del hijo mayor de José Luis Zarzana Palma. Se incluyó asimismo en “Bodas de oro y de sangre”, que A. Gallardo leyó en diciembre de 1978 para conmemorar el cincuentenario de la fundación de la cofradía, y luego se publicó (junto con “Una hora contigo”, de diciembre de 1987) en *De azul y blanco mis versos*, Jerez de la Frontera, 1991, con prólogo de José Luis Zarzana Palma, hermano mayor a la sazón, en el 50.º aniversario de la llegada de la hermandad a la iglesia de Los Descalzos.

**Manuel Liaño Pérez:**

Un retal de cielo raso  
le bastó para el vestido  
y un trozo de sol fundido  
sobre el vestido de raso.  
Y te llevas, por si acaso  
te rompe el aire el vestido,  
algo más de sol fundido,  
y algo más de cielo raso.

**José Luis Zarzana Palma:**

Ver a Jesús Flagelado  
Por esa calle Medina,  
sangrando de esquina a esquina  
y al duro mármol atado,  
es sentirse enamorado  
de su Pasión redentora,  
y meditar de hora en hora  
cómo su Flagelación  
labraba la salvación  
de esta carne pecadora.

(...)

Llevando esta Cruz de Guía

se azulearon mis venas,  
y como dulces cadenas  
sentí en mí tu cofradía.  
Y sentí desde ese día  
que se abrían mis fronteras.  
Y soñé trabajaderas  
y costaleros sudores,  
y me embriagué de amores  
a mis trece primaveras.

Bendita seas molía  
con la que fui costalero;

llevarte en el cuello quiero  
cuando Él me llame un día.  
Que contigo yo sentía  
al caminar paso a paso,  
cómo el cielo en el ocaso  
al verlo así, tan maltrecho,  
bordaba a Jerez un techo  
de lentejuelas de raso.

\*\*\*\*\*

Mira si te estoy queriendo  
que el incienso de tu “paso”,  
por ti me lo estoy bebiendo.

\*\*\*\*\*

El Ángel del Señor  
Te anunció, María,  
y concebiste por obra  
del Espíritu Santo.

Y llegando la Palabra  
te fecundó tanto y tanto,  
que tu vientre de mujer  
fue sagrario sacrosanto.

Si así nuestra Redención  
Comenzó por tu cintura,  
¿cómo puedo yo alejarme  
del manto de mi Amargura?

(...)

Tú la Madre de nosotros,  
que Jesús lo quiso así.  
Tú motivo de mi canto  
en este cinco de abril.

Tú la Reina de los Cielos,  
de ángeles y de santos,  
aunque tu cara me diga  
que estás deshecha en quebrantos.

Y por eso yo te pido  
que en la hora de mi muerte  
no sea tan grande el castigo  
que me condene a no verte.

Y antes de morir proclame,  
envuelto ya en tu blancura,  
rompiendo música y ritmo:  
“¡Bendita seas Amargura!”.

### **Francisco Garrido Arcas:**

Cargar contigo es igual  
que cargar con el hermano,  
cuando me fundes la mano  
en un sudor de cristal.  
Es convertirse en varal  
o en columna flagelada,  
cuando ya la madrugada  
me florece de regreso.  
Cargar contigo es un beso  
de tu sangre derramada.

Porque Tú haces, Señor,  
que entre tiniebla y tambores,  
yo aprenda el ritmo de amores  
que tengo a mi alrededor.  
Y no me siento mejor  
porque, entre flor y maderos,  
con hombros trabajaderos  
te llevé al cielo conmigo,  
que es amarte sin testigo  
la ley de tus costaleros.

### Juan Pedro Cosano Alarcón:

Siempre, Amargura, en el centro,  
siempre ocupando mi alma  
siempre ocupando mis días,  
mi corazón y mi estancia,  
cada hora, cada instante,  
en este Valle de Lágrimas.

(...)

¿No voy a quererte, Madre?  
¡Si me crié ante tus plantas!  
Si crecí bajo tu manto  
y yo te hablo y Tú me hablas.  
Si con apenas dos años  
vestí la túnica blanca  
y en los brazos de mi padre  
mi chupete te ofrendaba.

¿No voy a quererte, Madre?

Si yo, sobre mis espaldas,  
llevé la sangre bendita  
del Hijo de tus entrañas.

¡Si yo fui tu costalero  
y en mi molía tan blanca  
llevo las gotas de sangre  
que tu Jesús derramaba!

(...)

¿No voy a quererte, Madre?  
¡Si me crié ante tus plantas!  
Si vi llorar a mi padre  
con sólo mirar tu estampa.  
Si yo vi cómo mi madre  
al mirarte se prendaba

y te entregaba en silencio  
todo su amor sin palabras.  
Si hasta yo mismo he llorado,  
silente, solo y sin habla,  
cuando yo vi que mi hermano  
los faldones levantaba  
y con afán primerizo,  
con ilusión ocupaba  
-primera trabajadera-  
el puesto que yo dejaba.  
Y le dije: “¡Costalero,  
sin miedos, porque Él te ampara!”  
Y eso lo dije llorando,  
llenos los ojos de lágrimas.  
¿Tú recuerdas, Madre mía,  
cómo al salir lo abrazaba?

(...)

Amargura. Mi Amargura.  
Blanca, azul. Azul y blanca.  
¡Tú eres mi norte y mi guía!  
¡Tú eres mi sueño y mi alba!  
¡Aquí está tu pregonero  
llorándote en Villamarta!  
¡Aquí estoy yo, Madre mía,  
con la voz rota y cansada,  
diciéndote que te quiero  
más que a todo, más que a nada!  
¡No puedo quererte más!  
¡Amargura!  
¡Amargura de mi alma!

### Manuel Yélamo Crespillo:

El azul es el color  
que dentro de mí perdura,  
pues representa el amor  
del color de la Amargura.

(...)

No hay costaleros que vayan  
con ilusiones tan puras,  
como van los costaleros  
del paso de mi Amargura.

(...)

Y por Madre yo te pido  
que comprendas mi desvío,  
la razón de mi locura,  
que navegues por mi río  
y lo llenes de ternura;  
que aceptes los besos míos,  
que me llenes de amargura  
y que pintes mi fachada  
con la cal de tu blancura.

Y a cambio yo llenaré  
las calles de colgaduras  
y gallardetes que digan:  
¡Viva y viva la Amargura!  
A los soles pediré  
que resalten tu hermosura  
y a la luna le diré  
que ilumine tu figura.

(...)

Y te pediré perdón  
y luz para mi negrura,

y abriré mi corazón  
al amor de mi Amargura.  
Que quiero ver la sonrisa  
brotar de tu boca pura  
resaltando los azules  
del azul de tu amargura.

Que yo quiero verte, Madre,  
rebotante de ventura,  
y a todo el mundo gritarle:  
¡Ya sonríe la Amargura!

### Enrique Víctor de Mora Quirós:

Por los cielos de Medina  
cuando la tarde se marcha,  
un nazareno camina  
mirando tu rota espalda:  
¡qué cruz más pobre en sus  
[hombros  
para sangre tan amarga!  
Tu carne santa y morena  
entre la chusma romana  
Santo Cuerpo en comunión,  
Forma de Dios comulgada,  
nos grita entre sus azotes  
por el viril de las andas:  
“Ésta es la sangre del Hijo,  
por todos voy a entregarla”.  
Mi verso, Señor, no puede  
ser oración flagelada,  
porque me tiembla el romance  
al sostener tu mirada.

(...)

Yo fui también tu sayón,  
yo también crucé tu espalda,  
yo te amarré a la columna  
y ordené te flagelaran;  
yo te ignoré muchas veces,  
yo te volví la mirada,  
yo fui cobarde a tu Nombre,  
cuando mis manos lavara  
después de ungirlos, Señor,  
con tu Sangre lastimada.

Pero en mi torpe destino  
desde mi miseria humana

te miré una tarde oscura...  
y supe que me esperabas,  
y me nacieron claveles  
por el lodo de mi alma.

(...)

Pero contigo a mi lado  
nada me asusta ni engaña;  
en tus brazos, Cristo mío,  
tengo la vida entregada.  
Y aunque yo sé que no soy  
ni digno de tu mirada,  
contigo, Dios flagelado,  
por tu carne atormentada,  
por tu dolor por los hombres  
por tus manos amarradas,  
por tu cuerpo vacilante,  
por la Gloria rescatada,  
por mis hermanos cofrades  
que hoy escuchan mi palabra,  
y por las penas del mundo  
que van sangrando en tu espalda,  
ha subido el pregonero  
a rezarte a Villamarta.

\*\*\*\*\*

¿Por qué llamaste, Amargura,  
aquella tarde a mi puerta,  
cuando el niño aquel que fui  
cruzaba su adolescencia?  
¿Por qué tu mano de Madre,  
por qué el temblor de tu pena

entró por mis doce años  
como una oración pequeña?  
Aquella tarde, Amargura,  
Tú me quisiste a tu vera.

(...)

Desde esa hora, Amargura,  
de mi infancia cofradiera  
ha estado siempre mi vida,  
como aquel día: a tu puerta.  
Cada minuto pasado,  
cada día, cada fecha,  
cada viejo calendario,  
que fue gastando las piedras  
del templo de Los Descalzos,  
fue llenando mi presencia  
de ese azul que por tu manto  
cobija la Gloria Eterna.

Y fui creciendo, creciendo,  
Amargura, entre tus penas,  
desde aquella tarde azul  
en que llamaste a mi puerta:  
fui penitente en tus filas  
y entre mis manos la cera  
fue regando por tus calles  
con su humildad tu pureza;  
fui farol del simpecado  
y en el azul de su tela  
yo dejé la luz humilde  
de quien alumbra tu senda;  
fui diputado de tramo  
y en las filas nazarenas  
ordené con mis hermanos  
tu estación de penitencia;  
yo fui cruz de tu Jesús,  
ése que delante llevas,  
y me llené por los hombros  
de su sangre tan morena;  
fui preste junto a tu manto  
y hasta fui, Amargura, ausencia,  
cuando enfermo aquel abril  
quedó mi túnica vieja  
soñando azahares contigo  
al cruzar la Corredera.

(...)

En mis años de estudiante,  
¡cuántas veces en tu reja

por las mañanas de examen  
acudí a pedirte fuerzas!  
Junto a ti aprendí tu llanto  
cuando murió aquella abuela  
que despedía con un beso  
mi partida hacia tu iglesia.  
Delante de ti, mi madre  
sacramentó vida nueva  
y con mi padre se unió  
blanquiazulando mi esencia.  
Yo fui también, Amargura,  
tu cantor de Nochebuenas  
y allí conocí al amor  
que llena mi vida entera.

(...)

Junto a tus benditos ojos  
aprendí a querer de veras,  
viendo a tus viejos hermanos,  
llorar ante tu presencia:  
Arturo Chichón, el Bibi,  
Julio Lorente, Valderas,  
y Pepe Faiguel postrado  
desde su silla de ruedas.

Desde el balcón de los Salas  
¡qué bien aprendí que eras  
de los males de aquel niño  
la más hermosa enfermera!

Junto a ti, Madre del alma,  
camina mi vida entera,  
que ya mis avemarías  
sólo en Amargura rezan.

(...)

¡Llebadme ante la Amargura!,  
y en su capilla pequeña  
entonadle la plegaria  
que Gallardo compusiera.  
¡Llebadme ante la Amargura!,  
que aunque mi carne esté muerta,  
de azul y blanco vestido  
cuando traspase sus puertas,  
gritaré por mis despojos  
desde un azul sin fronteras:  
“¡Bendita seas, Amargura,  
en los cielos y en la tierra!”.